

Herrero, Montserrat (ed.)
Carl Schmitt und Álvaro d'Ors Briefwechsel
(Correspondencia entre Carl Schmitt y
Álvaro d'Ors), Dunker & Humblot, Berlin,
2004.

Una amistad política

Carl Schmitt y Álvaro d'Ors pertenecen a una de las etapas más olvidadas de la Historia de la Filosofía Política: el pensamiento conservador del siglo XX. A pesar de que muchos autores -Derrida o Gadamer, por poner ejemplos señalados- consideran al alemán uno de los politólogos más profundos, se recela de la validez de sus argumentos en cuanto se presentan ante la palestra del diálogo público. Como mucho, y esto ocurre con cierta bibliografía que está proliferando sobre la figura intelectual de Schmitt, se consideran los argumentos de estos intelectuales como los antiejes, como errores terminales donde todo filósofo de bien debe parar el tren del pensamiento libre, no vayamos a contagiarnos del apestado.

Esta indiferencia respecto a dos autores, tan atrevidos y profundos, desmiente uno de los tópicos de nuestro tiempo. Curiosamente en nuestra época, que se considera abierta a las más diversas opciones y está tan confiada en su triunfo moral, siguen asustando los reproches, sobre todo cuando los críticos menos compasivos la atacan con acierto.

En esta correspondencia, que comienza en 1948 y termina en 1983 con la muerte del pensador alemán, se aprecia el ostracismo que el jurista alemán y el tradicionalista español debieron afrontar. En una de las cartas, d'Ors parece quejarse de la falta de atención y comentarios con que ya los intelectuales españoles de los cincuenta han recibido *De la guerra y de la paz*. Rápidamente le responde Schmitt que un verdadero pensador no debe preocuparse de la imprevisible suerte por la que se guía la Historia Cultural. “¿Quiere usted acaso -interroga retóricamente a d'Ors- la fama de Einstein, Thomas Mann o Charlie Chaplin?”. A pesar de estos lamentos, no falta el toque de humor crítico y ya en la segunda carta Schmitt afirma: “Los buenos lectores son hoy tan escasos como las buenas publicaciones”.

164 A Carl Schmitt le pesaba demasiado su complicidad, al menos jurídica, con la barbarie del nazismo en una Alemania que quería olvidarse del mayoritario apoyo popular del que gozó la política de Adolf Hitler. Más sorprendente, en cambio, resulta el aislamiento del que se queja Álvaro d'Ors. Favorable del alzamiento nacional, el español se alistó en las tropas requetés, que tantas victorias militares otorgaron al bando franquista. Sin embargo, sus principios políticos, decididamente foralistas y visceralmente antiestatalistas, resultaron incompatibles con la evolución del franquismo. Los lamentos que provoca en d'Ors, un requeté convencido y jamás silenciado, la imposibilidad de conseguir becas de catedrático para viajar a Alemania, y así poder visitar a su amigo Schmitt, suponen una nota muy interesante para entender la peculiar sociología intelectual y política del régimen del general Franco.

Estado y Foralismo. A lo largo de toda la correspondencia encontramos el intento de precisar la noción de Estado. Si en algunas cartas el intercambio se mantiene en un tono más afectivo que técnico, al tratar del Estado, de su futuro y concepto, los pensadores no dudan en emplear toda su artillería intelectual. A raíz del uso con que d'Ors ha descrito el concepto de Estado, Schmitt contesta: "Si me permite una crítica, o mejor, una pregunta crítica sería la referente a un detalle terminológico: la expresión *Estado*. Yo reservaría esa palabra *Estado* para el tiempo desde el siglo XVI y no llamaría *Estado* ni a la *polis* griega ni a la *res publica romana* o *potestas publica*". Si d'Ors acepta la recomendación técnica de Schmitt, el español no deja de mostrar ciertas dudas sobre la visión que el alemán mantiene del Estado.

Un aspecto especialmente controvertido del pensamiento de Schmitt consiste en descubrir qué imagen sostiene de la figura del Estado. Si d'Ors resulta tajante en su rechazo de la forma estatal, Schmitt muestra una posición más cauta. En una de las primeras misivas de esta correspondencia, encontramos estos amistosos reproches y recomendaciones de d'Ors: "¡Su parentesco con Bodino y Hobbes ha de ser superado! Usted se encamina insensiblemente a la teoría de San Agustín. ¡Ojalá! (...) En una palabra: yo veo a Carl Schmitt en la ruta del más preclaro catolicismo, una vez percatado de la muerte definitiva del diabólico Leviathán". Esta petición de d'Ors se repite en varios puntos de la correspondencia: el español considera que Hobbes y Bodino impiden que Schmitt desarrolle una concepción política más radical, que acierte plenamente en el blanco. Como le recuerda d'Ors de nuevo: "Parece como si Carl Schmitt trazara magistralmente los nervios de la cúpula, pero no llegara a cerrarlos para que resulte la cúpula". A Schmitt, a pesar de que percibe la crisis que atraviesa el Estado, le cuesta pensar en otra forma organizativa que alcance el nivel de politicidad de la vieja forma estatal. De algún modo, conoce sus limitaciones, pero desconfía de la capacidad del hombre de avanzar políticamente más allá del

RECENSIONES

165

Estado. En parte la visión que tiene Schmitt de nuestro tiempo como caótico se debe precisamente a la clausura y debilidad del Estado. Para el alemán, la crisis mundial que él cree vivir se debe a que hay poco Estado. A Schmitt le inquieta que esta crisis se resuelva con la derrota definitiva del Estado, sin que lo sustituya una forma política perfilada, sino que tan solo persista la anomia y el caos por el que atraviesa en el mundo político que vive. En este sentido, Schmitt defiende, a raíz de una cuestión de Filosofía de la Historia, un pensador con cuya visión del Estado se siente vinculado, Hegel. Se puede aventurar que la sombra de la perfección histórica que entraña el Estado descansa sobre las opiniones de Schmitt. En otro texto de Schmitt que habla del Estado y de su derrota, el pensador señala, recordando un misterioso cuento eslavo, que hemos matado algo -el Estado- que era más fuerte que nosotros mismos.

Frente a esta imagen del Estado, compleja y matizada, d'Ors responde con transparencia. A él, la forma estatal le repele y considera esta desintegración una apertura de nuevas posibilidades políticas. La propia concepción de la Historia de d'Ors, según la cual España no se habría ordenado como Estado hasta bien entrado el XIX, respalda este desapego y rechazo con que d'Ors enjuicia esta forma política. Además, no sólo su visión de la Historia sino la del propio cristianismo apoyan este rechazo del Estado. El cristianismo defiende, para d'Ors, la constitución de pequeños órdenes sociales más que la de grandes creaciones políticas. En este aspecto de su pensamiento y de su idea del Estado, encontramos el decidido foralismo que el pensador español defendió a lo largo de su vida. El foralismo se definiría como el futuro para una anquilosada maquinaria estatal. Sin embargo, contra lo que d'Ors creía, parece que la organización foral sólo ha sabido duplicar, a pequeña escala, la maquinaria estatal. El núcleo foral se ha limitado a reproducir un Estado en miniatura, sin aportar nuevos modos y figuras políticas.

Donoso y España. Schmitt, a lo largo de estas casi ciento cuarenta cartas, demuestra un amor vivo por España. Considera, debido a las circunstancias políticas, a España como un refugio, como un baluarte de viejas ideas que ya no pueden pensarse ni hablarse en Alemania. En sus visitas a España, que se hicieron más frecuentes tras el matrimonio de su hija con el profesor español Alfonso Otero, Schmitt muestra el profundo afecto que profesa a España. Como contesta d'Ors cuando describe el ambiente que se vive en Santiago: "Realmente en estas épocas caóticas -de *chaopolitismo* como dice Schmitt- estos lugares apartados resultan los más sabrosos". Schmitt admira esta paz de Santiago, este recogimiento y tranquilidad que permiten pensar todavía en el caos, inmune a modas y otras influencias distorsionadoras.

Este apego por España también se trasluce en la producción intelectual del filósofo alemán. Una de las últimas obras de Schmitt, *Teorías modernas del*

166 *partisano*, se inicia en una serie de conferencias que pronunció en la entonces naciente Universidad de Navarra. En este libro, por otra parte, concede un papel fundamental a la manera en que los españoles se defendieron del invasor napoleónico. Prueba de la agudeza de estas reflexiones sobre el *partisano* (que mantiene algún vinculación, que no identidad, con el moderno terrorista), se demuestra por la reciente traducción de este escrito al catalán.

Además de estas visitas a España, Schmitt escribió una obra sobre Donoso Cortés, *Interpretación europea de Donoso Cortés*, cuyo pensamiento ya había estudiado para una de sus obras más famosas, *La dictadura*. En este punto surge la fricción más aguda, exclusivamente intelectual, entre estos dos pensadores. Mientras que Schmitt admira la medida y la transformación política que Donoso vivió, d'Ors echa en cara al pensador decimonónico alguna de las penurias culturales por las que España atraviesa. Así escribe d'Ors: "He de confesarle, de todos modos, que siempre tuve sobre Donoso cierto *prejuicio* desfavorable. Vistas las cosas desde el punto de vista interior español, a Donoso no le podemos perdonar que no haya sido *carlista* y que se haya avenido a un contubernio con la reina liberal. Por lo demás, esa generación de Donoso me resulta toda ella odiosa por otra razón: fue la generación que hizo la traición definitiva al cultivo de las Humanidades. De entonces a hoy no se ha estudiado bien el latín en España".

Una amistad vibrante. Sorprenden la ternura y el afecto de la relación entre d'Ors y Schmitt. Sobre las discusiones de los urgentes problemas de la política, se va forjando una íntima amistad. En las despedidas, en los deseos de volverse a ver, en los ruegos de visitas difíciles de organizar, en las disculpas por la correspondencia sin contestar, descubrimos cómo estos dos aventureros del pensamiento no se limitaron a intercambiar ocurrencias, sino que se hablaron, casi desde el comienzo, con una alegría fraternal.

En los casi cuarenta años que recorren estas cartas, las existencias de d'Ors y Schmitt se van entretejiendo con nuevas relaciones. La vida deparó que A. D'Ors se convirtiera en padre adoptivo de Anima, ya que la hija de Schmitt se casó con un discípulo del pensador español en Santiago de Compostela, el profesor Otero. A su vez Schmitt se encariña con uno de los hijos de d'Ors, Ángel, quien dibuja al *viejo* Bismarck. En todas las cartas de Schmitt siempre se recuerda al hijo.

La muerte también frecuenta estas páginas. La muerte de la mujer de Schmitt, quien había sufrido mucho tras la situación social de desprestigio en que se encuentra su familia tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial. También muere, y Schmitt le dedica una sentida carta fúnebre, el padre de Álvaro d'Ors, Eugenio, quien había procurado que su hijo y Carl Schmitt se conocieran y de quien Schmitt ya era amigo antes de cono-



RECENSIONES

cer a Álvaro. La correspondencia termina con un suceso trágico. En las últimas cartas descubrimos que Anima, la hija de Schmitt, padece de un cáncer mortal, que acabará con su vida antes de que concluya la correspondencia. Esta muerte descorazona tanto a Schmitt que ya no encuentra vínculos que le animen a vivir.

La edición de estas cartas da fe de la amistad profunda que unió a estos dos pensadores. Ellas nos revelan el aspecto más sensible de dos autores respetados, tan lejanos al discurso político habitual. Al lector le sorprenden los nervios, la impaciencia y precipitación con que el autor de *El nomos de la tierra* espera las cartas y las visitas de su amigo español. De algún modo, esta compilación -introducida y anotada por la profesora de la Universidad de Navarra, Montserrat Herrero- continúa este lazo afectivo. Herrero dedicó su tesis doctoral a Carl Schmitt y compartió muchas horas de discusión y alguna que otra carta con d'Ors. Sin duda, la densa introducción -más centrada en cuestiones filosóficas- y las exhaustivas notas no se hubiesen escrito de la misma manera sin la ayuda y la cercanía con que la trató el profesor d'Ors durante tantos años de amistad

Miguel Saralegu

167



